
LA POBLACION EN MADRID EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO*

Conferencia pronunciada el día 11 de marzo de 1982, en el ciclo "Madrid en el primer tercio del siglo xx", organizada por el Aula Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Madrid.

Amando de Miguel

Me refiero a los primeros decenios del siglo xx, cuando la población de Madrid va cristalizando como la gran área metropolitana que es en la actualidad hasta el punto de rebosar la raya de la provincia.

En rigor habría que extenderse un poco más en el tiempo, el medio siglo que va de 1887 (fecha del primer Censo con un grado aceptable de fiabilidad) a 1936 (el inicio de la Guerra Civil que abre un nuevo período en la historia madrileña). En ese medio siglo se realiza para el conjunto español la primera fase de lo que podríamos llamar *modernización poblacional*, que es algo más que el concepto de «transición demográfica». Equivale a una serie de acontecimientos novedosísimos, aunque apenas perceptibles en un instante del tiempo, porque afectan al común de la población y se dilatan durante muchos lustros. Fundamentalmente son: 1) Menor importancia de la mortalidad extraordinaria y catastrófica, por guerras, hambrunas o epidemias. 2) Mejora sustancial de la alimentación, la higiene y la sanidad, que ocasiona el descenso sistemático de la mortalidad infantil y creciente el descenso de la mortalidad a otras edades. 3) Descenso de la natalidad, en un primer mo-

* Este texto obedece a la invitación de Julián Santamaría para dictarlo en el Aula Municipal de Cultura en marzo de 1982. Forma parte de un programa más amplio (realizado en el Departamento de Población de la Universidad Complutense en colaboración con Jaime Martín-Moreno) sobre el estudio de los recursos humanos en España y México. He de agradecer la ayuda financiera e institucional del German Marshall Fund de Estados Unidos y del Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid. Mi agradecimiento se extiende a Josefina Núñez por su impagable colaboración de tantos años.

mento como respuesta al descenso de la mortalidad infantil y a través sobre todo del retraso en la edad de matrimoniar. 4) Creciente movilidad geográfica de la población, exterior e interior, con el consiguiente proceso de urbanización. 5) Como consecuencia, ampliación relativa del «sector económico» de la actividad humana, y dentro de él de los estratos «modernos». Enseguida veremos las definiciones operativas y las mediciones de todos esos procesos. Lo importante es anticipar que, si bien la modernización poblacional se puede predicar del conjunto español a finales del siglo XIX y más claramente a principios del XX, el proceso se acentúa muy particularmente en Madrid (también en Barcelona y en otros grandes centros urbanos), lo que hace que vaya transformándose su función como ciudad. Lo que fuera *sitio* real con los Austrias y primeros Borbones se transforma en la *villa y corte* que es Madrid a lo largo de todo el XIX. A finales de ese siglo y en los primeros decenios del XX da el paso definitivo para constituirse en *capital*, primero burocrática, y con ímpetu también para ser con el tiempo capital industrial, esto es, *capital del capital*.

El demógrafo Ruiz Almansa sostiene que «el desbordamiento de la agrupación madrileña sobre los municipios colindantes se inicia muy débilmente en el último decenio del siglo XIX, y en realidad sólo alcanza volúmenes apreciables desde 1900; en 1920 y años posteriores adquiere un ritmo más rápido» (Javier RUIZ ALMANSA, «La población de Madrid», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 14, abril-junio 1946, 389-411; p. 397). Esa afirmación no hace justicia a los hechos. Veamos primero los datos:

Período de tiempo	% de incremento de la población de...		
	Madrid-capital	Municipios del extrarradio ^a	Resto de la provincia
1887 a 1900	15	42	5
1900 a 1910	11	55	10
1910 a 1920	25	52	0,5
1920 a 1930	27	84	11

^a Se consideran los 15 municipios colindantes a la villa de Madrid del artículo de Ruiz Almansa.

Es decir, ya a finales del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX la villa de Madrid, aunque sigue expandiéndose de forma notable, crece menos que los municipios circundantes. El «desbordamiento» de la capital sobre su alfoz se produce ya a finales del siglo XIX y continúa en el siguiente. Este hecho nos lleva a sospechar que ya por entonces la villa de Madrid dejaba de serlo propiamente para convertirse en un área metropolitana; empezaba a ser algo más que la capital burocrática (y no digamos la residencia real) que había sido hasta entonces. La población madrileña crecía con un impulso desproporcional a los entecos efectivos de la Administración Central del Estado.

Son muy conocidos los estudios del economista Román Perpiñá sobre la distribución espacial de la población en la España peninsular. Un territorio árido y mal comunicado por fuerza determina que su población se sitúe en la periferia. A su vez, las líneas de comunicación interior de todos esos puntos más densos o «dasicoras» se cruzan en un lugar central, que corresponde a Madrid, un lugar óptimo para una gran ciudad que ni siquiera sospecharon sus fundadores como sitio real:

No lo sospecharon, porque la Corte no requería estar en gran ciudad; antes al contrario, libre de perturbaciones de un cabildo y de una Universidad. No sospecharon, sobre todo, que España, que la Península toda, tenía una secreta ley de distribución de su población que daba razón de la situación de Madrid y de las posibilidades de su ascensión, de villa a ciudad; y de ciudad a la gran urbe actual (Ramón PERPIÑÁ GRAU, *Madrid, dasicora por gracia y razón*, Madrid, Cámara Oficial de la Industria de Madrid, 1963, p. 14).

De este modo se fue configurando a lo largo de toda la edad moderna, y más propiamente en el XIX, una estructura estrellada de la población peninsular: con sus «puntas» en Barcelona, Valencia, Sevilla, Lisboa, Coruña y Vizcaya, y su centro Madrid. Esta es la expresiva imagen de un arquitecto:

España puede compararse a una rueda cuya llanta es la periferia y cuyo cubo es Madrid; en medio el vacío que dejan los radios, que van del centro a la periferia o de la periferia al centro, como se quiera (Fernando CHUECA GOITIA, *Madrid, ciudad con vocación de capital*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1974, p. 71).

Estas imágenes/radio céntricas no son nuevas. Ya en la Edad Media se denominaba a Toledo *umbilicus Hispaniae*, y a finales del siglo pasado comentaba un geógrafo francés: «Madrid no es sólo el centro de España, sino una etapa característica de la diagonal que une los dos mares de la península... La existencia de Madrid no se debe —como se ha dicho a menudo— a un capricho de Felipe II» (Paul MEURIOT, *Des agglomérations urbaines dans l'Europe contemporaine*, París, Belin Frères, 1897, p. 76).

Si tomamos las siete provincias españolas con más de medio millón de habitantes en 1877, se puede configurar bastante bien ese mapa de estrella o de rueda con su centro madrileño:

Provincias más pobladas en 1877 (miles de habitantes)							
Años	Barce-lona	Valen-cia	La Coruña	Madrid	Oviedo	Sevilla	Málaga
1877	837	679	596	594	576	507	500
1930	1.801	1.042	788	1.384	792	805	613
1981	4.619	2.067	1.083	4.727	1.127	1.477	1.036
Tasa de Δ anual acumulativo							
1877 a 1930	1,5	0,8	0,5	1,6	0,6	0,9	0,5
1930 a 1981	1,9	1,4	0,7	2,4	0,7	1,2	0,7

Como puede verse, el crecimiento se acelera notablemente en las siete ciudades durante el medio siglo (1930-1981). La aceleración es máxima precisamente en la provincia de Madrid, la cual ocupa el cuarto lugar de importancia por el volumen de su población en 1877, el segundo lugar en 1930 y el primero en 1981.

El volumen absoluto de población de una provincia no es tan buen indicador como la densidad de la misma (habitantes por Km²) para medir el grado de urbanización y la concentración poblacional. Si tomamos las provincias más densas en 1877 se nos dibuja mejor la figura estrellada de las «dasicoras» de Perpiñá, que evolucionan así:

Años	<i>Densidad (habitantes por Km²) de las provincias</i>							
	<i>Barce- lona</i>	<i>Vizcaya</i>	<i>Guipúz- coa</i>	<i>Madrid</i>	<i>Ponte- vedra</i>	<i>La Coruña</i>	<i>Ali- cante</i>	<i>Málaga</i>
1877	117	106	91	85	99	78	74	71
1930	234	224	160	173	129	97	94	84
1981	597	533	347	591	192	138	196	142
	<i>Índice de prevalencia *</i>							
1877 a 1930	37	45	31	40	12	12	15	10
1930 a 1981	44	41	37	55	20	17	35	26

* Siendo B el año final y A el año inicial de la comparación, el índice vendría indicado por la expresión $\frac{B-A}{B+A} \cdot 100$.

Ahora queda más claro que en el siglo pasado que va de 1877 a 1981 la densidad Madrid es la que relativamente más se ha alterado. En 1877 ocupa el quinto lugar en España, por debajo de Pontevedra y a poca distancia de La Coruña. En 1930 ocupa ya el tercer lugar. En 1981 representa el segundo lugar, a muy escasa distancia de Barcelona. Si en el período 1877-1930 la provincia que más se densifica es Vizcaya, seguida de Madrid, en el medio siglo siguiente Madrid muestra el impulso máximo.

A lo largo del último siglo, por tanto, las provincias de Madrid y Barcelona van reafirmando el modelo de la doble capitalidad demográfica. En el período 1887-1930 —que es en el que vamos a concentrar nuestro análisis— ambas provincias atestiguan un enorme poder de atracción migratoria. En efecto, la población de ambas provincias crece en esas fechas mucho más por saldo migratorio que por incremento vegetativo. Con todo, hay que señalar la diferencia de que en el Madrid del primer tercio del siglo xx el crecimiento vegetativo es muy superior al de Barcelona (donde empieza antes el proceso de control de los nacimientos). Estos son los datos:

Período	Tasa de Δ vegetativo		Tasa de Δ migratorio	
	Madrid	Barcelona	Madrid	Barcelona
1887 a 1900	+ 0,5	+ 2,5	+ 13,1	+ 14,3
1900 a 1910	+ 4,1	+ 2,9	+ 9,3	+ 5,4
1910 a 1920	+ 3,7	+ 0,3	+ 17,8	+ 17,8
1920 a 1930	+ 9,1	+ 5,6	+ 20,6	+ 279

En los últimos decenios del siglo xx la natalidad bruta (nacidos por 1.000 habitantes) de las provincias de Madrid y Barcelona difería poco de la del conjunto español, si bien ya se apuntaba un nivel menor en Barcelona. Esas diferencias se acentúan año tras año durante los primeros treinta del siglo xx. En ellos la natalidad de Barcelona se reduce a un mínimo (en 1930 casi es la misma que corresponde al conjunto español durante todo el período franquista). La de Madrid se mantiene bastante por encima de la barcelonesa, aunque algunos puntos por debajo de la media española (tabla 1).

TABLA 1

Evolución de la natalidad en Madrid, Barcelona y España, 1877-1930

Años	Natalidad bruta ^a			Fecundidad general ^b			Fecundidad matrimonial ^c		
	Madrid	Barce- lona	España	Madrid	Barce- lona	España	Madrid	Barce- lona	España
1877	37	33	36	129	123	143
1887	35	31	36	121	114	142
1900	30	26	34	103	92	133	185	157	217
1910	29	24	32	103	84	130	192	146	215
1920	26	23	29	91	79	114	177	143	198
1930	26	20	28	90	67	109	175	120	198

^a Nacidos por 1.000 habitantes.

^b Nacidos por 1.000 mujeres de 16 a 50 años.

^c Nacidos legítimos por 1.000 mujeres casadas de 16 a 50 años.

Si en lugar de la natalidad bruta consideramos los indicadores más finos de fecundidad general (nacidos por 1.000 mujeres de 16 a 50 años) o fecundidad matrimonial (nacidos legítimos por 1.000 mujeres casadas de 16 a 50 años), los resultados se nos hacen mucho más nítidos. El descenso de la fecundidad es más pronunciado en Barcelona que en Madrid y más en Madrid que en el conjunto (y naturalmente el resto) de España.

La mayor bondad de los indicadores de fecundidad sobre los de natalidad bruta obedece a que en las primeras etapas de los procesos de liberación poblacional cuen-

ta mucho el factor matrimonialidad. Concretamente, el primer movimiento de descenso de la natalidad se realiza sobre todo como consecuencia del retraso de la edad de casamiento. Este retraso es perceptible en el conjunto español a partir de finales del XIX y continúa hasta bien entrada la segunda mitad del XX. Lo que interesa ahora es constatar el hecho sobresaliente de que el proceso de retraso en la edad de matrimonio (siempre para las mujeres) es mucho más visible en Madrid que en Barcelona y que en el conjunto español. Los datos son éstos:

A ñ o s	<i>Matrimonialidad temprana</i> (% de mujeres de 16 a 30 años que se encuentran casadas)		
	<i>Madrid</i>	<i>Barcelona</i>	<i>España</i>
1887	32,2	42,6	41,9
1900	28,3	37,1	40,1
1910	27,1	35,2	37,6
1920	26,4	31,8	33,5
1930	29,5	37,1	29,2

Es decir, en toda España y en Barcelona se comprueba en este medio siglo (1887-1930) la aminoración de la pauta de «matrimonialidad temprana» que debía ser más frecuente en una situación tradicional. En Madrid ese cambio ha debido producirse mucho antes, en pleno siglo XIX, y durante el período que nos ocupa se mantiene en cotas mínimas.

Como el retraso en el matrimonio (o eventual soltería definitiva) es una pauta típicamente urbana, vale la pena que distingamos la capital de Madrid del resto de la provincia. Estos son los datos en síntesis:

A ñ o s	<i>Matrimonialidad temprana</i>	
	<i>Madrid capital</i>	<i>Madrid resto de la provincia</i>
1887	27,6	47,0
1900	24,0	42,7
1930	26,7	39,2

Ahora se comprueba, efectivamente, que la cota mínima en la «matrimonialidad temprana» corresponde a Madrid-capital, muy diferente en esto al resto de la provincia, tan rural todavía en el período de tiempo que estamos considerando. La distinción podría haberse hecho también en Barcelona, donde también se da una diferencia notable entre la capital y la provincia, sólo que sigue manteniéndose el adelanto en este proceso de la capital madrileña. En 1900 en Madrid-capital se da

un 24 por 100 de «matrimonialidad temprana», frente a un 34,5 por 100 para Barcelona-capital por las mismas fechas. El retraso en el matrimonio no sólo debe afectar a la natalidad, sino a la incorporación de la mujer a actividades económicas, sociales y políticas. Hay que suponer que esas actividades extradomésticas eran todavía sólo simbólicas en los primeros decenios del siglo.

La explicación del mantenimiento de la soltería en las mujeres jóvenes de Madrid-capital se explica porque esta ciudad se distingue por ser la sede de las primeras actividades laborales extradomésticas que atraen un notable contingente (junto a la industria textil de Barcelona y tabaquera de Sevilla) de mano de obra femenina (confección, telégrafos, espectáculos, enseñanza, enfermería, Administración Pública). Por encima de ello, la estructura de clases de la villa madrileña mantiene un desproporcionado número de criadas (cerca de 62.000 en 1930). Ese conjunto de mujeres que trabajan fuera del hogar suelen posponer el matrimonio —temporal o definitivamente—, ya que éste significa normalmente el cese del empleo. Esta estructura da lugar incluso a una cierta inmigración femenina que acude a la capital madrileña atraída por esas primeras oportunidades de empleo para las mujeres. Se constata, por ejemplo, que a primeros de siglo emigran a Madrid muchas mujeres de las provincias norteñas (Javier RUIZ ALMANSA, «La población de Madrid», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 14, abril-junio 1946, 389-411). Las novelas de Galdós testifican la fama de las amas de cría provenientes de Santander y otras provincias norteñas, seguramente de probada salud física y de recias virtudes morales. En efecto, la estadística nos demuestra que esas provincias de Castilla-Norte y del País Vasco se caracterizan a principios de siglo por una alta densidad de sacerdotes y religiosos, y también por una alta fecundidad.

Si combinamos los efectos de la inmigración de mujeres a Madrid, la posposición en el matrimonio de éstas, más una cierta tendencia de los varones jóvenes a emigrar al exterior y eventualmente a morir en las campañas bélicas, nos encontramos con que en las edades jóvenes, en las que son más frecuentes los matrimonios, el número de mujeres sobrepasa al de los varones. Este desequilibrio es causa, a su vez, del retraso en el matrimonio de las mujeres. El desequilibrio no aparece a finales de siglo (cuando no se había generalizado la emigración exterior y la inmigración de servicio doméstico a Madrid) y tampoco se detecta con demasiada claridad en 1930 para el conjunto español, pero sí empieza a notarse en Barcelona y muy especialmente en Madrid. Lo podemos objetivar con los siguientes cálculos:

Posibilidad teórica de matrimonio más probable
en las edades modales de casarse
Número de mujeres de edad (e) por cada 100 varones
de edad (e+z)

Años de edad (e)	Madrid		Barcelona		España	
	1887	1930	1887	1930	1887	1930
22	92	119	97	96	97	101
23	96	120	88	100	82	96
24	126	...	110	...	103
25	134	...	115	...	113

En los primeros momentos de los procesos de liberación poblacional el descenso de la natalidad se efectúa como respuesta a la mengua de los índices de mortalidad infantil. Esta relación explica por qué, en el inicio del descenso secular de ambos fenómenos, Madrid se sitúa en cotas más altas que Barcelona, al principio similares a los del conjunto español, si bien más bajos que éste a medida que vamos entrando en el siglo xx. Veamos los datos:

Mortalidad infantil (fallecidos de menos de un año por cada 1.000 nacidos vivos)

<i>A ñ o s</i>	<i>Madrid</i>	<i>Barcelona</i>	<i>España</i>	<i>Índice de prevalencia Madrid-Barcelona</i>
1900	203	136	204	+20
1910	158	116	149	+15
1920	171	125	165	+16
1930	109	73	117	+20

Se observa en las tres series la aparente anomalía de un alza de la mortalidad infantil en 1920. Se debe a las secuelas de la epidemia de gripe que acababa de asolar a España y a otros países europeos. Lo que aquí más interesa es constatar que en todos los años se mantiene prácticamente constante la diferencia significativa que separa Madrid de Barcelona. Es posible que esta mayor mortalidad infantil se explique en parte por el mayor peso que en esa época tenía el sector rural en la provincia madrileña y acaso también a las deficientes condiciones de salubridad de que nos hablan siempre los cronistas de la villa de Madrid. De todas formas, conviene recordar que la gripe de 1918 —la última epidemia catastrófica de nuestra historia— afectó más a las zonas rurales que a las urbanas, y dentro de estas últimas fue más grave en Bilbao y las capitales de Barcelona y Valencia que en Madrid.

Aunque en los primeros lustros del siglo se mantenga en Madrid una tasa de mortalidad infantil relativamente elevada, superior a la de muchas otras provincias, conviene advertir el progreso relativo que significa hacerla descender a la mitad en el espacio de una generación. Sin este paso son difíciles de iniciar los otros procesos de liberación poblacional. Poco sabemos de las tendencias de la mortalidad en tiempos anteriores, pero es indudable la significación de este cambio demográfico.

El *Movimiento de la población de España* de 1886-1892 (Madrid, 1895) señala la desproporcionadamente alta mortalidad de la villa y corte de Madrid debido a las malas condiciones higiénicas, producto —según se dice— del hacinamiento. Así, hacia 1882 la mortalidad infantil de la villa madrileña alcanzaba a los 358 por mil (menores de un año), que es uno de los índices más altos que se han certifi-

cado en toda la historia española. En esa misma fuente se compara con un índice de 300 correspondiente a la provincia de Murcia y 256 para el conjunto español.

El descenso de la mortalidad, en el tiempo que estamos considerando, debía afectar también a otras edades. Al mismo tiempo, los otros procesos de modernización debían estar afectando a las pautas de matrimoniar. Concretamente, en los primeros lustros del siglo XX se nota en casi todos los grupos de edad, para las personas casadas o viudas, una disminución en la proporción de viudas. La tendencia se nota más en el caso de las mujeres, las más afectadas por el tabú tradicional de «guardar el luto»; en definitiva, de posponer o de evitar segundas nupcias. Si consideramos la población de Madrid, este proceso de cambio es mucho más agudo. Ciertamente es que en Madrid hay, por lo general, más viudos y viudas que en el conjunto de España o que en Barcelona, pero desde 1887 la tendencia es a que disminuya más rápidamente esa proporción en todos los grupos de edad (tabla 2). Puede que ese movimiento explique varios fenómenos: el desproporcionado peso de la población militar en Madrid (al que acompaña una frecuencia cada vez menor de las acciones bélicas), el mayor ritmo de su urbanización, la mejora de la salubridad y el hacinamiento del caso madrileño, la superación del tabú del luto.

Muchos de los rasgos peculiares de la población madrileña de principios de siglo se explican porque, ya entonces, Madrid era la provincia que atraía más población inmigrante de otras provincias. Si medimos esta corriente por la proporción de población residente nacida fuera de la raya provincial, los resultados no dejan lugar a dudas. La movilidad geográfica de la población de Madrid es muy alta ya a finales del siglo XIX y se mantiene igualmente alta en los primeros decenios del siglo XX, muy por encima de las tasas que corresponden a Barcelona y, naturalmente, otras provincias. Más aún, los habitantes de Madrid no sólo provienen, en mayor medida que en Barcelona, de las provincias limítrofes, sino también en mayor proporción de las provincias más alejadas. Sólo en la pequeñísima proporción de extranjeros a principios de siglo se puede decir que la inmigración era más alta en Barcelona. En conjunto, la proporción de población foránea era en 1887 el 44 por 100 en Madrid y el 21 por 100 en Barcelona. En 1930 las proporciones eran, respectivamente, el 48,5 y el 40 por 100. Es decir, durante ese medio siglo, la inmigración afecta más a Madrid que a Barcelona y, claro está, más que a otras provincias. Esta es la evolución:

TABLA 2

Evolución de la viudedad, por grupos de edad, para Madrid, Barcelona y España (1887-1920)

		% de personas viudas del total de personas casadas y viudas					
		Varones			Mujeres		
Edad	Fecha	Madrid	Barce-lona	España	Madrid	Barce-lona	España
15 a 39	1887	4,1	2,6	2,6	9,5	6,1	5,4
	1900	3,6	2,4	2,5	9,7	5,3	5,2
	1920	3,3	2,9	3,0	7,9	6,0	5,3
40 a 49	1887	9,3	6,2	6,4	25,5	19,0	17,5
	1900	8,4	5,4	6,5	25,2	17,4	16,9
	1920	7,2	5,9	6,6	22,6	16,6	15,1
50 a 59	1887	17,5	12,9	13,6	44,2	36,6	33,1
	1900	15,3	11,9	12,7	42,9	34,7	31,8
	1920	13,9	12,0	12,8	40,9	31,3	29,5
60 y más	1887	38,4	33,4	33,9	69,2	63,2	57,4
	1900	36,5	32,5	32,3	72,6	64,7	59,6
	1920	31,9	30,0	30,9	68,0	58,8	56,9
Total 15 y más	1887	12,4	9,8	10,1	27,0	20,2	19,9
	1900	11,4	9,0	10,1	28,0	19,4	20,1
	1920	10,2	9,4	10,6	27,1	20,8	20,4

% de personas residentes nacidas en...

		% de personas residentes nacidas en...			
		Provincias limítrofes	Resto de las provincias	Extranjero	Total foráneas (fuera de la provincia)
Años					
Madrid	1887	0,9	44
	1900	0,7	42
	1910	0,8	40
	1920	15	26	1,4	42
	1930	17	30	1,4	48,5
Barcelona	1887	0,8	21
	1900	0,8	23
	1910	0,9	27
	1920	10	19	1,6	31
	1930	11	26	1,8	40

La estructura de empleos de la población madrileña hace que una gran parte de esa inmigración se venga atraída por «destinos» funcionariales o militares, o por el incipiente sector industrial y de servicios que se desarrolla por esas fechas en la villa madrileña. Proviene la inmigración madrileña de una variedad mayor de orígenes geográficos y sociales. Es, por tanto, una inmigración más cualificada profesionalmente. Sea cual sea la explicación, el hecho es que, en el período indicado, la tasa de alfabetización de la población madrileña es mucho más notable que la que corresponde a la media española (tabla 3).

TABLA 3

Evolución de las tasas de alfabetización en Madrid (1887-1930)

Sexo	Años	% de alfabetos * en las personas de más de 10 años			
		Madrid capital	Resto de la provincia	Madrid provincia	España
Varones	1887	83,7	56,1	74,7	48,5
	1900	88,6	64,4	81,0	53,1
	1910	92,1	61,4	81,9	58,0
	1920	90,8	71,2	84,7	64,4
	1930	97,0	78,0	90,8	74,7
Mujeres	1887	56,7	31,5	50,0	22,8
	1900	66,7	45,5	61,2	26,6
	1910	72,2	41,4	63,9	38,7
	1920	79,6	54,3	73,1	48,3
	1930	87,2	60,4	80,1	59,5

* Saben leer y escribir.

En 1887, el 84 por 100 de Madrid-capital y el 75 por 100 de la de Madrid-provincia se censaba como sabiendo leer y escribir. Esas proporciones ascienden con cada nuevo cómputo censal hasta alcanzar el límite máximo a la alfabetización total en los varones de la capital en 1930. Los niveles son siempre mucho más bajos para las mujeres, pero en todo caso sistemática y significativamente más altos que los que corresponden al conjunto español.

Para comprender los movimientos de la actividad de la población será mejor que manejemos la noción más sociológica de «actividad humana» y no la económica de «fuerza de trabajo» o «población activa». Esta última noción parte de la exclusión de niños, estudiantes, amas de casa, ayuda familiar, jubilados y otras categorías que no «producen» o, mejor, no reciben una compensación económica por su actividad principal. Considera, pues, sólo el resto que se mueve en el mercado laboral. A partir de él, distribuye a la población por ramas de actividad (agricultura, industria y servicios, como clasificación más típica y sumaria).

Ese procedimiento más establecido deja muchos problemas por resolver, al eliminar al grueso de la población. En su lugar vamos a establecer aquí una clasifi-

CUADRO 1

Clasificación de las actividades humanas

ECONOMICO		EXTRAECONOMICO	
MERCANTIL		MARGINAL	
tradicional	Agricultura 1	Comercio 2	inactivos forzados
moderno	Industria 3	Otros servicios 4	activos domésticos
	transformador	servicial	Internados 9
			Parados 10
			Ayuda familiar 11
			Servicio doméstico 12
			inempleo
			malempleo
BUROCRATICO		DEPENDIENTE	
tradicional	Clero 5	Fuerza pública 6	inactividad natural
moderno	Profesiones 7	Administración Civil 8	actividad escolar
	privado	público	Infantes 13
			Jubilados 14
			Escolares de primera 15
			Otros estudiantes 16
			niños
			adultos

cación de las *actividades humanas*, tal y como figura en el cuadro 1. Los procesos de liberación demográfica vendrían reseñados por estos movimientos relativos:

1. Incremento del sector económico a costa del cuadrante marginal.
2. Dentro del sector económico, expansión del cuadrante mercantil a costa del burocrático.
3. Dentro del sector económico, ampliación de los estratos modernos a costa de los tradicionales.
4. Dentro del cuadro dependiente, en un primer momento del proceso de liberación poblacional se amplía el estrato de actividad escolar a costa de los infantes y de la ayuda familiar.
5. En una última fase de la liberación poblacional tiene lugar un proceso inverso de envejecimiento de población que hace aumentar el peso relativo de los jubilados.

¿Cómo se pueden aplicar esas clasificaciones y esos movimientos a la evolución de la población madrileña en los primeros decenios del siglo? Primero, hay que distinguir Madrid-capital del resto, y varones de mujeres. Tomamos la clasificación que resulta para 1900 y 1930 (tabla 4).

En el caso de las mujeres se puede concluir que el perfil de actividades de 1930 resulta muy parecido al de treinta años antes, tanto en Madrid-capital como en el resto de la provincia. El 60 por 100 o más de la población femenina se dedica a «sus labores». En la capital hay más servicio doméstico, pero en proporción parecida en 1900 y 1930 (11 ó 12 por 100).

Por lo que respecta a los varones, el cambio de 1900 a 1930 en el resto de la provincia es muy simple: descenso de los campesinos (del 27 al 20 por 100) y aumento de la industria (9 a 28 por 100). Es un indicio de que está formándose el cinturón industrial de Madrid.

En el caso de los varones de Madrid-capital los cambios son múltiples y muy significativos. Tienen lugar casi todos los movimientos de liberación poblacional que hemos anunciado:

1. Se expande el sector económico y se empequeñece el marginal (especialmente la ayuda familiar).
2. Dentro del sector económico se amplía considerablemente el cuadrante mercantil y el estrato de los servicios, es decir, la industria y los otros servicios (que no son comercio). Disminuye la agricultura.
3. Dentro del sector económico se expanden los estratos modernos, aunque no tanto el moderno burocrático. En el cuadrante burocrático sólo se amplían las profesiones.
4. En el cuadrante dependiente disminuyen los infantes y se amplía el estrato de actividad escolar. Es el resultado del doble proceso de descenso de la natalidad y de escolarización.

TABLA 4

Evolución de las actividades humanas en Madrid-capital (1900 y 1930)

Sectores	Cuadrantes	Estratos	Varones		Mujeres	
			1900	1930	1900	1930
ECONOMICO	Mercantil	Tradicional (1+2)	22	11	1	1
		Moderno (3+4)	15	34	3	2
		Transformador (1+3)	28	28	4	2
		Servicial (2+4)	9	16	0,5	1
		TOTAL	<u>37</u>	<u>44</u>	<u>5</u>	<u>3</u>
	Burocrático	Tradicional (5+6)	7	5	1	1
		Moderno (7+8)	8	9	*	1
		Privado (5+7)	4	8	1	2
		Público (6+8)	11	7	*	*
		TOTAL	<u>15</u>	<u>15</u>	<u>1</u>	<u>2</u>
EXTRAECONOMICO	Marginal	Inactivos forzados (9+10)	3	3	1	1
		Activos domésticos (11+12)	18	4	73	71
		Inempleados (9+11)	17	3	63	60
		Malempleados (10+12)	4	4	11	12
		TOTAL	<u>21</u>	<u>7</u>	<u>74</u>	<u>72</u>
	Dependiente	Inactivos naturales (13+14)	17	15	15	12
		Activos escolares (15+16)	10	19	5	11
		Niños (13+15)	21	26	18	20
		Adultos (14+16)	5	9	2	3
		TOTAL	<u>27</u>	<u>34</u>	<u>20</u>	<u>23</u>
TOTAL (N)		100 %	100 %	100 %	100 %	
		(249.628)	(433.959)	(291.925)	(519.079)	
ECONOMICO		Tradicional (1+2+5+6)	29	16	2	2
		Moderno (3+4+7+8)	23	43	4	3
EXTRAECONOMICO		Inactivos (9+10+13+14)	20	17	16	13
		Activos extraeconómicos (11+12+ +15+16)	28	24	77	82

En definitiva, la población de la villa de Madrid en 1930 —y aun a principios de siglo— responde más a la de una ciudad industrial y de servicios (privados) que a la imagen literaria de la capital política y funcionarial. Desde luego, el movimiento en los primeros treinta años del siglo es hacia esa constitución de una ciudad industrial y de servicios. Anotemos para 1930 las rúbricas detalladas más nutridas del cuadrante mercantil para la población masculina:

Industrias varias	58.505
Comercios varios	24.922
Albañilería	12.973
Comercio de alimentación	8.117
Transportes varios	7.851
Bancos	6.544
Ferrocarriles	6.301
Hostelería	5.774
Metal varios	5.604
Imprenta y artes gráficas	5.500
Carpintería	4.918
Correos y telecomunicación	4.534
Vidriería, fumistería y pintura	3.639

Todas ellas superan los 3.000 individuos. Se pueden comparar con los 10.000 que figuran bajo el rubro de Administración Pública (civil) o incluso los 21.000 que se incluyen en Fuerzas Armadas. Por encima de esa peculiar característica madrileña de ser la sede de la Administración Central, en términos estrictamente numéricos lo que le caracteriza en 1930 es ser una gran ciudad industrial y servicial. Sobresalen los oficios relacionados con la construcción, el transporte y las comunicaciones, la industria de bienes de consumo.

La observación de que Madrid es sobre todo una «población industrial» —porque ésa es la tendencia más importante en la actividad de su población— no es de hoy. En uno de los textos del nacionalismo castellanista de los años veinte se señala esa tendencia y se atreve a hacer «una afirmación rotunda, categórica y cierta: Madrid es hoy la segunda población industrial de España», naturalmente después de Barcelona (Gregorio FERNÁNDEZ DÍEZ, *El valor de Castilla*, Avila, Tipografía de Senén Martín Díaz, 1926, p. 330). A pesar de lo cual, todavía medio siglo después —cuando Madrid empieza a superar la concentración industrial de Barcelona—, se puede escribir de Madrid que «su única razón de ser, por lo menos hasta ahora, es la función de capitalidad, su constante e inequívoca vocación» (Fernando CHUECA GOITIA, *Madrid, ciudad con vocación de capital*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1974, p. 23). Más bien la vocación de Madrid reside en su papel de centro más importante de la red española de transportes y comunicaciones, el cruce de las diagonales que conectan las grandes ciudades costeras de la Península. Lo será cada vez más cuanto mayor sea el flujo de personas, mercancías y mensajes que haya que transportar y comunicar a lo largo de esas diagonales.

Esta vocación madrileña de encrucijada o de plataforma giratoria (en la que la sede de la Administración Pública es una consecuencia más que una causa) ha

TABLA 5

Evolución del precio de los solares en algunos puntos de la villa de Madrid (1913-1934)

Años	Pesetas por m ² de terreno en algunas zonas escasamente urbanizadas de Madrid, situadas en el límite del término municipal (pesetas constantes de 1934)							
	Norte		Sur		Este		Oeste	
	Francos Rodríguez- Fuencarral (n.º 117)	Prolongación Castellana- Chamartín (n.º 1)	López de Hoyos- Camillas (n.º 17)	Alcaid-Camillas (n.º 29)	Abroñigal- Vicálvaro (n.º 46)	Méndez Alvaro- Vallecas (n.º 63)	Antonio López- Villaverde (n.º 69)	P.º Extremadura- Carabanchel Bajo (n.º 103)
1913	10,52	5,26	4,20	21,05	1,05	1,55	2,09	5,26
1919	7,07	7,07	3,52	12,96	1,41	1,65	2,36	4,71
1922	12,20	9,75	4,88	18,30	2,42	2,38	6,10	7,60
1925	14,22	11,37	5,69	18,48	2,84	2,84	8,53	8,53
1928	19,42	16,18	8,07	22,65	4,83	5,68	12,94	10,35
1931	21,82	24,94	9,97	24,94	6,23	6,23	18,70	12,47
1934	25,76	19,32	10,30	28,98	6,44	6,44	22,54	19,32

FUENTE: Ayuntamiento de Madrid, *Índice de valores. Arbitrios de solares y sus incrementos, 1913-1944* (Madrid, 1944. Índice del 1 factor: precios al por mayor.

sido vista por diversos autores y se proyecta sobre toda su historia contemporánea: «Madrid ha tenido siempre carácter extrarregional y sus raíces no han estado nunca en la campiña que se extendía alrededor de sus muros y alcanzaba a verse desde la más alta de sus torres, sino en los caminos que allí convergían o allí se cruzaban y terminaban junto al mar o junto a las fronteras francesas» (Javier RUIZ ALMANSA, *Estructura y evolución de la población de Madrid desde 1800*, núm. 10, abril-junio 1945, pp. 389-420; p. 414).

El símbolo de esa vocación de plataforma giratoria está en el crecimiento tentacular del plano de Madrid, a lo largo de las vías de comunicación que enlazan con ciudades lejanas, sobre todo a lo largo del eje Norte-Sur (la Castellana), que no es más que la evolución de vieja cañada de los rebaños transhumantes. Ya en 1915 el ingeniero Núñez Garcés traza un proyecto para prolongar el paseo de la Castellana; el proyecto será desarrollado en 1929 por Zuazo y se concluye medio siglo después con la estación de Chamartín y el túnel de enlace con la estación de Atocha (José Rafael MONEO, «Madrid: Los últimos veinticinco años», *Información Comercial Española*, núm. 402, 1967, pp. 81-89). Los datos de la tabla 5 muestran cómo va oscilando el precio de los solares del municipio madrileño en cada una de sus salidas hacia las carreteras más importantes. Es justamente en la Zona Norte y en el Sur donde los precios suben más, desde 1913 a 1934, bien que todavía en términos modestos, para lo que hemos visto después en los años del desarrollismo.

Las imágenes de encrucijada o plataforma giratoria no deben llevar a la conclusión de Madrid como «ciudad de paso». Antes bien, más que cruce de caminos, Madrid representa una «terminal» de todos ellos, carreteras y ferrocarriles (y más tarde aéreos). Se ha señalado que la red de ferrocarriles no se teje en torno al centro madrileño, sino que funciona un subsistema Norte (con el centro en Venta de Baños), un subsistema del Ebro (con el centro en Zaragoza) y un subsistema Sur (con el centro en Alcázar de San Juan). Los tres subsistemas confluyen en Madrid, cuyas estaciones confirman el carácter «terminal» de Madrid, como si fuera un gran puerto de mar (Pedro CUADRA ECHAIDE, «Madrid en el sistema ferroviario español», *Información Comercial Española*, núm. 402, 1967, pp. 109-114). Siendo Madrid una de las poquísimas grandes capitales alejadas del mar o de vías navegables, llama la atención su sistemático crecimiento poblacional, mucho más allá de sus necesidades como sede del Gobierno.